

ANNE Y RYAN:
MISIÓN PARANORMAL



**LA BESTIA
DE COTTAGE GROVE**

ELISABETH GUEIST

Anne y Ryan: misión paranormal.

Tomo 2.

La bestia de Cottage Grove

Elisabeth Gueist

1

Los últimos días de su vida se le antojaban increíbles a Anne. Increíbles en el sentido estricto de la palabra: no se los podía creer.

No podía creerse que un par de noches atrás hubiera colaborado en una ceremonia que sólo podía calificarse como un exorcismo. No podía creerse que hacía unas horas había aceptado acompañar a Ryan a Cottage Grove, y que ahora estuviesen viajando juntos en la ruta.

Y pensar que, hasta hacía unas semanas, ella tenía un jefe con el que no hubiese recorrido ni medio metro. Ese cerdo de Danny habría aprovechado cualquier oportunidad para lanzarle alguna de sus insinuaciones asquerosas. Ryan Matheson, en cambio, con suerte le seguía las conversaciones. Inmune a esa presión del decoro social, que a menudo obliga a la gente a hablar sobre lo que no desea, sólo hablaba sobre lo que suscitara su interés.

Hacía varias millas que se había terminado el asfalto, y la única compañía de ellos dos era el ruido de las ruedas del coche que raspaban contra el polvo de roca y de arena. Sobre el borde ocre de la ruta, y casi con desgano, un cartel gris les anunciaba que estaban llegando a Cottage Grove.

Ryan disminuyó la velocidad, y dobló en un desvío. Anne comenzó a ver las casas, parcas y silenciosas. Algún caminante que miraba con curiosidad, aunque sin mucho entusiasmo.

Avanzaron un poco más. Se dirigían a la comisaría, pero les llamo la atención una especie de montaña rojiza aso-

leándose en plena calle.

Ryan frenó, y bajaron del coche.

Al acercarse, se dieron cuenta de que estaban ante una montaña de cerdos. O, más bien, lo que había quedado de esos pobres animales: un guisado de sangre y carne desmembrada, secándose bajo el sol del mediodía, bajo el atento revoloteo de las moscas. Las extremidades se mezclaban y se confundían, en un collage tan siniestro que Anne tendía a creer que alguna mente enfermiza lo había dispuesto así deliberadamente. El hedor resultaba insoportable. Ella y Ryan se taparon la nariz y dieron unos pasos hacia atrás.

—Suerte que llegaron.

Cuando se dio vuelta, igual que Ryan, Anne supo que aquella voz pertenecía al comisario del pueblo. El hombre todavía no se había presentado como tal, pero apenas lo vio venir ella estuvo segura de que no podía ser otra cosa: un cincuentón de altura mediana y con algo de barriga, y que usaba botas y sombrero texanos. Un cliché viviente.

El hombre dijo que se llamaba Sam Newfield, y con sus siguientes palabras confirmó la presunción de Anne respecto a su cargo. Estrechó la mano de Ryan, que también se presentó:

—Soy el agente Ryan Matheson, señor comisario—
Mostró su identificación del FBI—. Y esta es mi ayudante, Anne Moore.

A Anne la sorprendió el término "ayudante". Aunque, pensándolo bien, él debía de presentarla de alguna manera. Lo de ayudante sonaba mucho más serio que "asistente" o "secretaria", y resultaba lo suficientemente vago como para que cada quien lo interpretara a su modo.

—Quizás debió de probar con la sociedad protectora de animales—dijo Ryan.

El comisario Sam tardó en entender que él le había hablado con ironía. Anne conocía esa incómoda sensación: con su nuevo jefe nunca se sabía cuándo estaba hablando en broma sobre conspiraciones y seres sobrenaturales, o cuándo estaba hablando en serio sobre... conspiraciones y seres sobrenaturales.

—Su antecesor me aseguró que usted es un especialista —dijo el comisario—. Y no precisamente en asuntos de veterinaria.

Algunos habitantes de Cottage Grove rondaban por ahí, sin dudas atraídos por una doble curiosidad: el revoltijo de cerdos muertos, y la presencia del FBI.

Como cabía esperarse, el más afectado era el porquerizo. Un hombre flaco y de aspecto demacrado que se llevaba las manos a la cabeza, incapaz de apartar la vista de lo que le habían hecho a su fuente de ingresos.

—No sé hasta qué punto su colega lo puso al día sobre la situación —dijo el comisario—. Lo más grave no son los animales muertos que cada tanto aparecen, sino las dos jóvenes y el niño desaparecidos. Y todo esto en apenas un mes.

Mientras el comisario le daba a Ryan información sobre las víctimas, Anne contemplaba el panorama: Cottage Grove era un pueblo ocre, como visto a través de un vidrio con motas de polvo. Las fachadas de las casas y los negocios transmitían cierta parquedad, una áspera melancolía de plaza sin niños.

También, con el mayor disimulo posible, Anne le echaba un ojo a los pueblerinos que merodeaban por allí. Además del porquerizo, había otro hombre, ataviado con un

delantal de carnicero. Venía caminando hacia ellos tres. Por un instante, a Anne se le ocurrió que el tipo sacaría una hoz o una cuchilla y los desmembraría igual que a los cerdos. Resultaba difícil no hacer esa asociación. Sin embargo, cuando el presunto carnicero estuvo tan cerca que ni Ryan ni el comisario pudieron ignorar su presencia, Anne entendió que, lejos de pretender aterrar a nadie, era ese hombre el que estaba muerto de miedo:

—¿Se le dijo, comisario? —Las palabras le temblaban en la boca, como si se le fueran a caer—. ¿Les dijo que todos los crímenes ocurrieron durante la luna llena? Ellos deben saber a qué tipo de criatura nos enfrentamos...

El comisario le apoyó una fraternal mano en la espalda:

—Quédate tranquilo, Frank. Estos agentes sabrán todo lo que deban saber, yo no les ocultaré nada.

“Estos agentes”. Esa expresión —que le atribuía a ella una condición que no tenía— intensificaba en Anne la sensación de irrealidad: sentía que estaba viviendo dentro de alguna de sus fantasías adolescentes, cuando ansiaba la aventura y quería huir bien lejos de todo.

Aunque, pensándolo bien, hoy en día seguía queriendo lo mismo.

—Eso de la luna llena... —le susurraba el comisario a Ryan. El carnicero ya se había alejado de ellos. Y también de los pedazos de cerdo bañados en sangre, merodeados por el zumbido de las moscas. —Usted ya se imaginará que la gente, aquí, tiende a inventarse historias. La superstición es muy fuerte.

—Cada lugar tiene su mitología y sus supersticiones —dijo Ryan—. Más al norte de nuestro país hay personas que creen que los gobiernos son democráticos y trabajan para

el bienestar de ellos, y que el presidente es el dueño absoluto de sus decisiones.

El pobre comisario no pudo reprimir una expresión de desconcierto. Después ensayó una sonrisa, acaso porque no se le ocurrió otro modo de reaccionar.

Anne también se reía, aunque en su fuero íntimo, sin trasladar la risa a su rostro. Sin embargo, la visión de dos hombres —que aparecieron como figuras al fondo, detrás del comisario y de Ryan— cambió el tenor de sus pensamientos. No, no se trataba de dos hombres. Uno sí debería andar por los cincuenta, igual que el comisario, pero el otro era un chico. Un chico gordo, desafortadamente gordo: daba la sensación de que lo habían inflado más de la cuenta y que reventaría en cualquier momento. Sus ojos eran ojos indiferentes y extraviados, neutros ojos de pez mirando la nada. Tenía la cara llena de pelos: la barba —por llamarla así—parecía crecerle desde los pómulos. Hasta de la frente le brotaban matorrales de bello oscuro. Un hilo de saliva se le escapaba de las comisuras y le caía sobre el pecho, dibujando una pegajosa forma de serpiente sobre su camisa blanca. Al verlo, Anne sintió que la golpeaba un viento de inquietud, aunque al instante reemplazó esa sensación por un sentimiento de piedad. El pobre chico, si se añadía a lo anterior los rasgos asimétricos y desproporcionados de su rostro, evidenciaba todos los síntomas externos de algún tipo de enfermedad mental: no hacía falta ser médico para inferirlo.

La voz de Ryan arrancó a Anne de aquel embrujo, provocado por su propia curiosidad:

—Supongo que, si ha creído necesaria nuestra presencia, es que no hay un predador en la zona capaz de hacer algo así.

El comisario meneó la cabeza:

—En el bosque tenemos variedades interesantes. Incluso lobos, aunque no de esos que al día siguiente vuelven a convertirse en hombre y le temen sólo a las balas de plata, sino lobos comunes, de los que andan en cuatro patas todo el rato. Sin embargo, esos animales no suelen salir del bosque. Y, si salieran, no podrían dejar un rastro tan espantoso de animales muertos.

Anne volvió a mirar a los cerdos: si bien ella estaba lejos de ser médico forense, le daba la sensación de que la única especie capaz de cometer un asesinato tan brutal era el ser humano. Ese desmembramiento bien podría ser obra de un Jack El Destripador ensañado con los animales en lugar de las prostitutas.

—Bien, comisario —dijo Ryan, que no mostraba demasiada perturbación ante los hechos—, a menos que usted considere necesario darnos alguna otra información, mi compañera y yo nos entrevistaremos con las familias de las personas desaparecidas.

2

Anne se contuvo, y no le preguntó a Ryan qué opinaba del asunto. Ya empezaba a conocer su actitud: él le hubiese dicho que no descartaba ninguna posibilidad. Y entre las posibilidades no descartadas se incluía la de que el atacante fuera un Hombre Lobo hecho y derecho, igual al de las películas.

Anne se dijo que quizás ella no estaba dentro de alguna de sus fantasías adolescentes, sino en alguna versión extraña del cuento de Caperucita Roja.

Acompañó a Ryan a la casa de cada una de las familias de las personas desaparecidas. La primera de las dos mujeres se llamaba Karen White, y tenía veintidós. Más allá de su desconsuelo, sus padres se mostraron bastante racionales: a ninguno se le ocurrió hablar de licántropos ni exuberancias por el estilo. Por desgracia, tampoco aportaron datos útiles a la búsqueda.

Los padres y la hermana menor de la segunda desaparecida, de nombre Terry Fisher y con una edad de veintiún años, sí manifestaron su creencia de determinadas supersticiones.

—Es *La luna del lobo*—dijo la madre, mirándolos fijo, con las fúnebres manos entrelazadas sobre una mesa de madera carcomida—. Cuando proyecta su poder sobre un lugar, no hay nada que hacerle. Nosotros tuvimos la desgracia de que justo ahora le haya tocado a Cottage Grove, y que de todos los habitantes de nuestro pueblo le haya tocado a nuestra pobre hija.

Después, la mujer estallaba en llanto. Anne hubiese deseado poder hacer algo por ella. Quizás tuviera la oportunidad, si es que Terry Fisher todavía estaba con vida en alguna parte.

A Anne no la sorprendió que Ryan recibiese con mayor frialdad —con frialdad analítica— esos testimonios. Para él, a priori, la teoría de la luna del lobo valía tanto como la teoría de la relatividad de Einstein. En todo caso, la única diferencia era que a la segunda se la había validado con algunas demostraciones, y a la primera todavía no.

—No importa el lenguaje que se use para explicar un fenómeno —le dijo Ryan, una vez salieron de la casa paterna de Terry y sus calzados raspaban la arenilla sobre las rústicas calles de Cottage Grove—. Importa el trasfondo, aquello que se pretende explicar. Debes aprender a ver eso.

—Enséñeme, maestro —dijo Anne, lanzándole un desafío jocoso.

Ryan, que a veces parecía tan inmune al sarcasmo ajeno como prolífico en el propio, la miró con rostro de catedrático tallado en piedra:

—Por ejemplo, Anne: Las antiguas tribus le daban a los eclipses una justificación que nosotros consideramos insuficiente o risible. Eso no quita que los eclipses existen, y esas tribus fueron tan conscientes de ellos como nosotros.

—Comprendo a qué te refieres. Aun así, me cuesta encontrarle utilidad científica a la teoría de la luna del lobo.

—Las conclusiones científicas vendrán después, si es que vienen. Yo, primero, quiero ver el eclipse. Y no me importa sin quien me lleva de la mano es Galileo o el médico brujo de los Sioux.

Anne asintió.

—Ahora sí te entiendo —Miró hacia arriba: hasta el sol lucía rústico en este pueblo: parecía una vieja pelota de tenis que alguien había colgado en las alturas—. Bah, creo que te entiendo.

No dijeron más nada. Y así, caminando en silencio, llegaron a la casa de la tercera familia, la del niño desaparecido. El chico se llamaba Saúl; tenía seis años la última vez que lo vieron, cuatro días atrás. Desapareció a la noche, mientras jugaba con sus amiguitos: Bryan, el hijo menor de Frank, el carnicero y Ted, el hijo de Oswald, el peluquero. En pueblos como Cottage Grove, los niños todavía podían jugar de noche. Salvo cuando al pueblo lo invadía un supuesto licántropo, desde ya.

Bryan y Ted no vieron nada. Aseguraron que estaban lejos del bosque, obedeciendo la orden de sus padres, que les recordaban todos los días la peligrosidad de aquella zona. Bryan solía decirles a sus amigos que en el bosque había incluso dinosaurios, idea que a Saúl le provocaba ciertas dudas y que Ted negaba con toda seguridad. Aquella discordancia de posiciones era el eje de los más apasionados debates intelectuales.

Sin embargo, cuando Saúl desapareció no tenía lugar debate alguno: los tres jugaban a las escondidas de mutuo acuerdo, hasta que a Bryan le dio la impresión de que Saúl se había escondido demasiado bien. Al principio, Ted pensó que quizás les estaba jugando una broma, y Bryan volvió a mencionar a los dinosaurios —se encargó de destacar que en las fauces de un Tiranosaurio Rex bien cabía un niño como Saúl, y que incluso cabrían ellos tres juntos—. Ted seguía sin acordar con la teoría jurásica, pero sí se preocupó ante la imposibilidad de encontrar al tercer integrante del grupo de juegos. Así que cada uno de ellos les avisó a sus

padres, que a su vez avisaron a los de Saúl. En ese momento comenzaría la tragedia para los Duggan, y el mundo —o Cottage Grove, que para ellos era lo mismo— se convertiría en un lugar mucho más horrible y peligroso que antes.

David Duggan, el padre de Saúl, también jugaba a las escondidas. Lo que escondía, en este caso, era su dolor: lo ocultaba bajo un maremoto de furia. Todo lo contrario sucedía con su esposa, Melisa, que no paraba de llorar: resultaba imposible para ella articular una frase sin romper en llanto.

Para sorpresa de Anne y de Ryan, David tenía bien claro quién era el culpable de todos los crímenes:

—El hijo de Henry Cotton —había repetido el nombre tres veces, como quien intenta lanzar una maldición—. Colin, sí, así es como se llama esa bestia, ese gordo animal. Yo no le echo la culpa de su horrible naturaleza, pero... —Por un momento, David pareció reflexionar sobre la dureza de sus palabras, y un brillo de piedad asomó en sus ojos. Sin embargo, ese momento fue eso mismo: sólo un momento. Así, el rostro de David volvió a convertirse en una máscara de furia—. He visto a ese... chico, vamos a llamarlo de esa manera, lo he visto comiendo animales pequeños, desde que él tenía una corta edad. En realidad, verlo era como ver a un animal comiéndose a otro. También me lo crucé un par de veces corriendo desnudo por el bosque, a cualquier hora. Una vez sucedió cuando yo estaba cazando, esa cosa me dio un susto de muerte y por poco no le pegué un tiro. Ahora, desearía haberlo hecho. Dios me perdone.

David agachó la cabeza, igual que lo hubiese hecho en un confesionario. Apenas él había empezado a hablar, Anne supo que se refería al chico gordo y con evidente retraso mental que ella vio apenas llegaron al pueblo. Aprove-

chó el silencio del señor Duggan para susurrar esa información al oído de Ryan.

Ryan asintió. Anne advirtió que estaba esperando a que David se recuperara para lanzarle la siguiente pregunta. Y supuso que Ryan le preguntaría si tenía alguna evidencia o un indicio realmente claro para atribuir los crímenes a Colin Cotton. O quizás si su hija lo conocía o tuvo algún vínculo con él o si existía alguna enemistad general entre la familia Duggan y la familia Cotton. Y Ryan preguntaría todo eso, sí, pero lo preguntaría después. Lo que Ryan sintió la necesidad de preguntar en ese momento —y si no hubiese sentido esa necesidad, habría dejado de ser Ryan— fue lo siguiente:

—Señor Duggan, dígame: ¿usted considera la posibilidad de que el hijo de Henry Cotton sea un licántropo?

Y sí, por supuesto que David Duggan miró a Ryan con cierta sorpresa al escuchar esa pregunta. Pero la sorpresa no resultó ser tanta como cabía esperar, o al menos como Anne se esperaba.

Empezaba a sospechar que ella era la verdadera intrusa en ese mundo de locos, en el que se sopesaba la posibilidad de un Hombre Lobo antes que la de un tigre o alguna fiera aún no descubierta que habitara el extenso bosque de Cottage Grove.

3

Ahora sí, ya fuera de la casa de los Duggan, Anne le preguntó a Ryan:

—¿Qué opinas?

Él la miró, un poco desconcertado, como si hubiese estado pensando en otra cosa y no acabara de entender la pregunta.

Anne se vio obligada a repreguntar, de manera más precisa:

—¿Crees que lo de David Duggan es puro odio irracional o acaso existirá algún fundamento en sus acusaciones contra Colin Cotton?

Mientras Ryan miraba al cielo y se decidía a darle una respuesta, Anne comprobó la hora en su móvil: las cuatro de la tarde. Se acordó de que debía llamar a su madre y avisarle que se encontraba bien. También se acordó de que Ryan y ella no habían almorzado, salvo por unos *snacks* que compartieron en el coche mientras viajaban hasta aquí. El leve rugido que brotó de su estómago se lo confirmó: era hora de volver a comer.

—Hay gente que odia lo desconocido, lo extraño —se dignó a decir Ryan—. Yo lo sé mejor que nadie, he debido lidiar con esa gente durante mucho tiempo, en especial cuando trabajé en el FBI. Y sucede que, en realidad, ese odio no es otra cosa que una máscara con la que intentan cubrir su miedo.

—Ese chico, Colin, créeme que es bastante raro el pobre.

Siguieron caminando, sin saber muy bien a dónde. Lo lógico era regresar con el comisario Sam, que ya les había asegurado que contarían con un hospedaje para dos, con cuartos separados.

Cottage Grove era una postal silenciosa y amarilla, destiñéndose con la brisa de la tarde. Las rústicas fachadas de las casas y algún que otro caminante, además de ellos dos, apenas atenuaban la esencial soledad que se respiraba allí. Hay lugares que son un desierto incluso si están llenos de gente. Sin dudas, Cottage Grove era uno de esos lugares. Y todo esto a pesar de que Anne y Ryan no venían precisamente de New York o de Los Ángeles, sino de Santa Elena, Oregon. El habitante de una gran ciudad, acostumbrado al constante rumor cosmopolita, directamente hubiera sentido que Cottage Grove era un portal hacia otra dimensión, una en que las líneas de tiempo se mezclaban y se enredaban como gusanos delirantes y la superchería medieval bien podía combinarse con una escenografía del Salvaje Oeste. A Anne la asaltó la imagen de un cowboy atrapado en una mansión embrujada, disparando contra los espectros.

Y desde fuera de su mente —desde ese mundo que, mal o bien, Anne seguía asociando con la noción de realidad— le llegó la pregunta de Ryan:

—¿Estás segura de que se trata del mismo chico que viste?

—¿Qué?

—Colin. Me refiero a si estás segura de que ese chico que te miraba mientras yo hablaba con el comisario era Colin.

Anne dejó salir un suspiro: